

Lecturas del Domingo 5º de Cuaresma - Ciclo A

CONTEXTO DE LAS LECTURAS

Ez 37, 12-14: El capítulo treinta y siete del profeta Ezequiel sobre la resurrección de los huesos secos, representan el mismo pueblo de Israel, llamado a obtener las promesas de salvación temporalmente perdidas a causa del pecado; igualmente anticipa la revelación posterior manifestada en Daniel 12,1-3 y Mac 7,9., acerca de la resurrección universal.

Sal 129,1-2.3-4ab.4c-6.7-8: El salmo trata sobre una lamentación de un Israelita religioso, posiblemente intercediendo por los pecados del pueblo en previsión de las consecuencias. Contiene como los otros salmos de lamentación tres partes: vv. 1-3 (lamentación); vv. 4-6 (confianza en el perdón de Dios); vv. 7-8 (palabras dirigidas al pueblo o comunidad como un anticipo de la salvación y de la liberación).

Rom 8, 8-11: El capítulo ocho de la carta a los Romanos, son estructurados por el Apóstol como un desarrollo de la vida cristiana, cuando ésta se vive conforme al Espíritu de Cristo Resucitado, y como consecuencia, destinada a la gloria. El cristiano, por el amor de Dios, manifestado en Cristo resucitado, es capaz de vivir su vida para Dios.

Jn 11, 1-45: La narración de la resurrección de lázaro, pretende en el contexto del evangelista San Juan, luego de mostrar la capacidad de Cristo de iluminar la realidad a través de la curación del ciego de nacimiento; dar un paso mucho más profundo a nivel teológico, ya que muestra al cristiano el camino de la libertad frente al único acontecimiento indescifrable: la muerte. En el texto las verdaderas resucitadas son Marta y María, puesto que iluminan la realidad circundante, que les permite salir de sí mismas y encontrarse con el Señor de la vida.

HOMILÍA

Nuestra sensación de abandono y de falta de respuesta en tantas ocasiones hace que surja en nosotros la tentación o la realidad del reproche contra Dios: *“si hubieras estado aquí...”*. Hoy quisiera iniciar con esta consideración porque sé que muchas veces, a pesar de nuestra fe, salta nuestra humanidad e impotencia ante las dificultades de la vida. Nos vemos incapaces de resolver algunos problemas que se suscitan sin buscarlos algunas veces, pero otras, desgraciadamente, como consecuencia a nuestras malas acciones; no obstante ante dichas realidades, quizás con el primero que nos queremos desahogar es con Dios.

Cuando nuestra fe es robusta, firme y madura; se quedan en “pequeñas pataletas”, como los niños que al no entender el comportamiento de sus padres: le quieren dar medicina que sabe mal, le niegan un juguete, no se les permite que salgan a la calle en algunos momentos de peligro, quieren llevarle donde el odontólogo, o le dejan en un sitio desconocido sacándole del calor y seguridad de su casa que se llama escuela, entre otras cosas; también nosotros damos pataletas, le reclamamos y hasta tratamos de cambiarle yéndonos para otra iglesia.

Dios, Jesús, no se dan prisa, parecen no preocuparse de llegar tarde. “*se quedó en el lugar en donde se encontraba dos días más*” (Cf. 11,6). Inentendible para la capacidad nuestra de que Jesús se quedase donde se encontraba, al momento de recibir la noticia de que su amigo Lázaro estaba enfermo, por dos días más; pero su tardanza obedece a un propósito. Al sentirnos enfermos preguntamos dónde está el Señor, por qué no actúa. Pero cuando en medio de la enfermedad miramos la muerte como el final de todas nuestras esperanzas, es entonces cuando llega Jesús como un nuevo amanecer y la muerte se convierte en ‘el dormir’ momentáneo y necesario para ¡volver a nacer!

Así como para el nacimiento a la vida terrena, existe una gestación en el vientre oscuro de la madre, por nueve meses; para nuestro nacimiento a la vida de Dios, también se requiere un tiempo de gestación junto con los dolores de parto, para al final, encontrar la luz verdadera y contemplar cara a cara a nuestro verdadero Hacedor (Cf. 11,11).

Jesús no nos ahorra lo desagradable y duro de la muerte, su mal olor. Jesús la siente con sentimientos humanos, participa del duelo, siente el desgarrar que todos sentimos, llora por el amigo. Y nos invita a mirar con realismo, a abrir la tumba. Son varios los elementos que se pueden extraer del evangelio para nuestra profundización de vida cristiana.

Ante el dolor de Marta, viene el gozoso anuncio de Jesús que le da sentido a nuestra existencia y dentro de ella, al trance de la muerte por la que todos debemos pasar:

- a) “*YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA*” (Cf. 11,25^a): el “YO SOY” nos trae nuevamente la fórmula del Antiguo Testamento con la que se identifica el ‘Dios desconocido’ ante Moisés, cuando éste pregunta de qué manera va a decirle a los Israelitas que es enviado para liberarlos de la esclavitud: “Moisés replicó a Dios: –Mira, yo iré a los israelitas y les diré: el Dios de sus padres me ha enviado a ustedes. Si ellos me preguntan cómo se llama, ¿qué les respondo? Dios dijo a Moisés: –Soy el que soy. Esto dirás a los israelitas: Yo soy me envía a ustedes.” Cf. Ex 3:13-14. Jesús es para nosotros la resurrección presente y futura, el liberador del pecado del pasado que nos abre las puertas de la esclavitud para darnos nueva vida: “Yo vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia.” Cf. Jn 10:10. La respuesta de Jesús excede el deseo y las expectativas de Marta, como realmente excede Dios su amor hacia nosotros y su grandeza frente a los problemas y dificultades de nuestra vida; aún el más hondo como lo es la misma muerte.

- b) “*EL QUE CREE EN MÍ AUNQUE HAYA MUERTO VIVIRÁ*” (Cf. 11,25^b): En algunos momentos pensamos de manera muy humana y quizás descartando un poco la fe, que por ella, nos veremos librados de las situaciones límite de nuestra vida y que la presencia de Dios con nosotros, se hace realidad en la ausencia de dificultades, enfermedades, pobreza y cualquier clase de mal que nos pueda agobiar ¡La realidad es que no! Pero sí nos da aquí y ahora la certeza de la vida eterna. Podríamos pensarnos, como en una especie de sepulcro temporal en el que estamos inmersos, con la presencia de la oscuridad, el miedo, la incertidumbre y los malos olores del pecado propio y de los demás que nos agobian; no obstante, con la espera cierta y gozosa de la voz de Jesús que un día nos llamará de este sepulcro temporal a su Reino eterno, que el mismo apóstol San Pablo trata describir con lo indescriptible: “Ningún ojo vio, ni oído oyó, ni mente humana concibió, lo que Dios preparó para quienes lo aman.” Cf. 1Cor 2:9. Creer por tanto en

Jesucristo, a pesar de las desesperanzas y sinsabores de la vida, es ya vivir más allá de la muerte y del pecado. Es la vida que comenzamos a vislumbrar y construir desde ya, pero que se revelará plenamente, en el último de nuestros días.

- c) *“TODO EL QUE VIVE Y CREE EN MÍ, NO MORIRÁ PARA SIEMPRE (Cf. 11,26a):* Con esta frase Jesús nos ofrece a todos los cristianos, desde Marta, que espera un milagro, hasta los que caminamos en este tiempo y espacio, realizar el gran milagro de nuestra vida: vivir por Él, con Él y en Él. Y digo que es un gran milagro porque la fe en Jesús cambia las expectativas de vida y permite ver las situaciones circundantes, por oscuras que parezcan, con otro SENTIDO. Muchos quizás, aislados por sí mismos de la fe, viven como si no vivieran, obnubilados sus horizontes y sin perspectivas de eternidad.

Cuando la fe ilumina nuestra vida, los obstáculos se convierten en posibilidades. Me hace recordar estas palabras de Jesús de la “PARÁBOLA DE LA BUENA VOLUNTAD”:

Hace mucho tiempo, un rey colocó una gran roca obstaculizando un camino. Se escondió y miró para ver si alguien quitaba la tremenda piedra. Algunos pasaron simplemente pasando una vuelta. Muchos culparon al rey por no tener los caminos despejados, pero ninguno hizo nada para sacar la piedra del camino.

Un campesino que pasaba por allí con una carga de verduras, la vio. Al aproximarse a ella, puso su carga en el piso y trató de mover la roca a un lado del camino. Después de empujar y fatigarse mucho, con gran esfuerzo lo logró.

Mientras recogía su carga de vegetales, vio una bolsa en el suelo, justo donde había estado la roca. La bolsa contenía muchas monedas de oro y una nota del mismo rey diciendo que el oro era la recompensa para la persona que moviera la roca del camino.

El campesino aprendió ese día que cada obstáculo puede estar disfrazando una oportunidad.

Por eso no quisiera terminar esta reflexión sin la invitación fuerte que Jesús nos hace a cada uno de nosotros a través de las Palabras dirigidas a quienes en un momento eran espectadores de la realidad de sufrimiento de Marta y María, además de la Muerte de Lázaro: “QUITEN LA PIEDRA” (Cf. v. 39) y “DESÁTENLO” (Cf. v. 43b).

Como ya nos sugiere la parábola de la Buena voluntad, necesitamos quitar muchas piedras en el camino de nuestra vida y de la vida de nuestros semejantes; piedras quizás que nosotros mismos hemos puesto sobre los hombros de los demás a través de nuestra poca condescendencia, frialdad, dureza y rigidez. Exigimos que otros lleven cargas que nosotros no movemos ni con un dedo, quizás para aparentar ser justos ante los demás o no perder privilegios ante quienes queremos aparentar como rectos y justos. Jesucristo se refiere a esta clase de personas, no muy distantes de las actitudes que nosotros podemos tener ante los hermanos: *“¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hipócritas, que parecen sepulcros blanqueados: por fuera son hermosos, por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda clase de inmundicia! Así también son ustedes, por fuera parecen honrados delante de la gente, pero por dentro están llenos de hipocresía y maldad. ¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hipócritas, que construyen sepulcros grandiosos a los profetas y monumentos a los justos, mientras comentan: Si hubiéramos vivido*

en tiempo de nuestros antepasados, no habríamos participado en el asesinato de los profetas. Con lo cual reconocen que son descendientes de los que mataron a los profetas. Ustedes, pues, terminen de hacer lo que iniciaron sus antepasados. ¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo evitarán el juicio del infierno? Cf. Mat 23:27-33.

A veces, o peor aún, siempre, somos sumamente frívolos y pasamos de largo para no demorarnos en nuestras apretadas agendas, inmovibles en sentimientos frente al dolor y el sufrimiento de los demás porque no queremos desatar a aquellos que yacen en el camino, suplicando una mano valiente que nos olvide de sí mismos o un gesto que nos haga posible considerar que por muy fuertes las cadenas que aten a un hermano o muy grave el pecado que le impida seguir adelante, ALGUIÉN está dispuesto a darle una mano para hacerle más sobre llevara su carga y su yugo ligero.

Pero la verdad es que si no estamos dispuestos a dar la mano al oprimido por las vendas de la injusticia, el rencor, la violencia, la discriminación y otros males que aquejan a nuestro mundo, difícilmente por sólo nuestros ritualismos y largos rezos podremos ser llamarnos **cristianos**: “La mundanidad espiritual, que se esconde detrás de apariencias de religiosidad e incluso de amor a la Iglesia, es buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal. Es lo que el Señor reprochaba a los fariseos: «¿Cómo es posible que creáis, vosotros que os glorificáis unos a otros y no os preocupáis por la gloria que sólo viene de Dios?» (Jn 5,44). Es un modo sutil de buscar «sus propios intereses y no los de Cristo Jesús» (Flp 2,21). Toma muchas formas, de acuerdo con el tipo de personas y con los estamentos en los que se enquistas. Por estar relacionada con el cuidado de la apariencia, no siempre se conecta con pecados públicos, y por fuera todo parece correcto. Pero, si invadiera la Iglesia, «sería infinitamente más desastrosa que cualquiera otra mundanidad simplemente moral» Evangelii Gaudium # 93.